

Todo es centinela.

*

Preso en la plaza de Dios, como pez en ninguna red.

*

Es la del cincel, y no la del martillo, la mano que dirige el mármol.

*

Pero ir a buscar el mármol a la montaña.

*

O la locura legal del entusiasmo.

*

También los días van como una escala, para no descender ni subir.

*

No hay que tener miedo: al mar, no hay tempestad que lo destruya.

*

Cuánto de la materia se empaña y encapota: las almas se adormecen en la basura o sobre el oro.

*

Aviso: todas las sombras son equivalentes.

*

Lo bueno del agua encontrada y del pan por esfuerzo.

*

Precaución contra Júpiter: -¡Para empezar, no enloquezcas!

*

Sucede que aproximarse es alejarse.

*

Quiero la paz, y la pago, con un fervor de guerra.

*

El mundo aumenta siempre, pero sólo con ficticios muros de espejos.

*

Levantar los brazos hacia Dios puede ser tocar con las manos la tristeza.

*

Pero a Dios sólo se le puede dar una cosa: alegría.

*

Se rebela un poco de luna.

El fondo de todas las cosas está más allá y más acá del azul.

*

La duna, la llama y el mar son fines igualmente improbables.

*

¡La coherencia de la piedra, en la consistencia de la forma!

*

Que vamos, que vamos, hasta los punteros lo están afirmando.

*

¿Puede la propia simiente ser su necesaria tierra?

*

Fuerte es la ola –que se abandona a empuje y viento.

*

Si la simiente tuviera «personalidad», ni el árbol nacería.

*

Sólo en la hoz del río se escuchan los rumores de todas las fuentes.

*

La noche no es el fin del día: es el comienzo del día que viene.

*

Lo que sería un epitafio: en este tiempo y lugar, reposa el amigo de la armonía.

Versión de Alejandro Krawietz

En 1970 apareció en la editorial José Olympio de Río de Janeiro, Ave, palabra, el último de los libros en que trabajó João Guimarães Rosa hasta poco antes de su muerte, ocurrida en 1967. Libro de fragmentos (o, como prefería el propio Rosa, fragmentos de un libro) en el que se reunían –de modo sinfónico– poesía y prosa, narrativa y escenas dramáticas, notas de viaje y breves ensayos, Ave, palabra (considerado por la crítica como uno de los textos más complejos del autor) ofrecía a los lectores una selección de trabajos que, a lo largo de los años, el propio Rosa había ido publicando en las páginas de diferentes revistas y diarios brasileños con los que mantenía relaciones de colaborador. No debe pensarse, a pesar de esto, que Ave, palabra sea una mera recopilación de textos dispersos; se trata, por el contrario, de un libro en el que Rosa somete la lengua portuguesa a un nuevo tipo de exploración: una suerte de demostración del coeficiente de convergencia de la palabra a partir de la diversidad. Este «Diario de París» que extraemos del libro –resultado de su estancia en la capital francesa como diplomático– reúne algunas de las características principales de esa exploración en el saber y en el sabor de la lengua del Brasil: el gusto por el aforismo, la creación lírica, el diálogo de lenguas, la nota biográfica, el humor irónico y, sobre todo, ese «desparpajo aristocrático» o «precisión popular» que hacen siempre, de la lectura de Guimarães Rosa, una fiesta de los sentidos, y que, no sin dificultad, hemos tratado de reproducir en nuestra versión.

A. K.